



# DESPLAZAMIENTOS INTERNOS EN CONFLICTOS ARMADOS: RESPONDER A LOS DESAFÍOS



CICR



**CICR**

Comité Internacional de la Cruz Roja  
19, avenue de la Paix  
1202 Ginebra, Suiza  
**T** + 41 22 734 60 01 **F** + 41 22 733 20 57  
shop.gva@icrc.org  
[www.icrc.org](http://www.icrc.org)  
© CICR, noviembre de 2009

Fotografía de la portada: Stringer Pakistan/REUTERS

# **DESPLAZAMIENTOS INTERNOS EN CONFLICTOS ARMADOS: RESPONDER A LOS DESAFÍOS**

No se sabe con certeza cuántos hay, pues muchos pasan inadvertidos, sin que se los tenga en cuenta, sin que se los asista. Algunos gobiernos incluso niegan su existencia. Pero se estima que en el mundo hay cerca de 26 millones de personas desplazadas en el interior de su propio país.

En países como Afganistán, Colombia, la República Democrática del Congo, Georgia, Kenia, Liberia, Pakistán, Filipinas, Somalia y Sudán, estas personas, denominadas desplazados internos, han debido abandonar sus hogares y carecen de seguridad, techo, alimento, agua, medios de subsistencia y apoyo de la comunidad. Muchas veces, las condiciones extremas que deben soportar hacen peligrar su supervivencia.

En los conflictos armados, los desplazamientos suelen ser consecuencia de violaciones del derecho internacional humanitario (DIH) o de los derechos humanos fundamentales. De hecho, si se respetaran las leyes, la mayoría de las personas desplazadas podría permanecer en sus hogares. Sin embargo, ello no es así y, en ocasiones, esas personas se ven obligadas a desplazarse más de una vez porque las fuerzas armadas, los grupos armados y las autoridades no cumplen con sus obligaciones.

Muchos de los actos que prohíbe el derecho internacional humanitario son muy comunes. Entre ellos se encuentran los ataques a la población civil y a la propiedad civil, la privación de alimentos a los civiles como estrategia de guerra, las represalias, el uso de civiles como escudos humanos, la destrucción de elementos esenciales para la supervivencia y la obstrucción de la llegada de ayuda material o de la asistencia necesaria para la supervivencia de la población civil. Sin embargo, a pesar de que el DIH es vinculante para los actores estatales y no estatales, muchas de sus normas no son respetadas. Aunque la mayoría de los Estados reconoce los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos de las Naciones Unidas, que tienen su fundamento en normas del derecho internacional humanitario y del derecho de los derechos humanos, se necesita un profundo compromiso para poder hacer frente a los desafíos del desplazamiento interno, un fenómeno cuya gravedad va en aumento.



Libano: 40.000 personas se vieron obligadas a abandonar sus viviendas, destruidas durante los enfrentamientos de 2007.

Como el problema de los desplazamientos persiste, a veces durante períodos prolongados, ocasiona ingentes problemas de índole humanitaria que exigen una respuesta coherente, coordinada e integral por parte de la comunidad internacional.

En el presente informe especial, se analizan los aspectos fundamentales de la protección y la asistencia que se han de proporcionar a las personas desplazadas, desde la prevención del desplazamiento, si es posible, hasta sus etapas posteriores, si resulta inevitable.

Cuando el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) interviene para prestar asistencia a los desplazados internos, evalúa el contexto global en el que tiene lugar el desplazamiento. Así se advierte que quienes permanecen en sus hogares, quienes acogen a los desplazados o incluso los que regresan pueden ser tanto o más vulnerables que quienes huyen. A veces, las personas que abandonan su lugar de residencia no escapan sólo del combate o de los ataques, sino de las consecuencias económicas de la guerra o de la imposibilidad de acceder a los bienes y servicios básicos.

Las mayores necesidades las tienen las personas, desplazadas o no, que son invisibles para el mundo en general, a las que la mayoría de los organismos internacionales no tiene acceso.



James Nachtwey/CICRA VII

**Filipinas: anciana visita, con su nieto, el poblado que abandonaron; tiene mucho miedo de volver a casa.**

Mariam no tenía la menor idea de adónde se dirigía. Simplemente huyó, llevando consigo a sus cuatro hijos. Fue un éxodo masivo, repentino y caótico. Atrapada en el conflicto de Darfur, la región más occidental de Sudán, y la más atormentada por el conflicto iniciado en 2003, la tribu fellata, asentada al norte de la ciudad de Gereida, había soportado numerosos ataques, pero el último fue abrumador. Hubo muchos muertos y la aldea se incendió.

Los fellata, un grupo seminómada de pastores y agricultores, no tenían muchas opciones. Aunque durante varias generaciones habían convivido pacíficamente en la zona con granjeros de la etnia masalit, que constituye la población mayoritaria, las cuestiones étnicas que se entremezclaban en el complejo conflicto dividieron a los vecinos, instalando entre ellos el miedo y la sospecha.

Primero fueron rumores. Por un lado, se decía que los granjeros conspiraban para echar a los nómades de la región. Por el otro, se aseguraba que los nómades querían desplazar a los granjeros para que los pastores llevaran a sus animales a las tierras de cultivo.

Durante un tiempo, el viejo rey masalit de Gereida logró contener la violencia y el desorden. El rey Malik ejercía su dominio en un radio de 30 kilómetros alrededor de la ciudad y, mediante un pacto de caballeros con las tribus y las partes en el conflicto, mantuvo a Gereida como zona neutral. Pero, tras la muerte del rey, el control de Gereida quedó en manos de un grupo rebelde que se oponía al Gobierno central. Las milicias partidarias del Gobierno empezaron a recorrer las zonas

rurales. Así las cosas, todo el mundo tenía motivos para huir, y el campo quedó deshabitado.

Los granjeros masalit y otros pobladores, acosados por los grupos armados, abandonaron sus tierras y se dirigieron a la ciudad de Gereida. En la actualidad, residen allí más de 100.000 desplazados, un número cinco veces mayor al de los habitantes de la ciudad. Los miembros de la tribu de Mariam huyeron en la dirección contraria. Como algunos fellata se habían incorporado a los grupos armados, se los consideraba a todos partidarios del Gobierno. Por esta razón, debieron abandonar Gereida y se dirigieron al norte, al sur o al este; en definitiva, a cualquier sitio donde pudieran vivir tranquilos.

El grupo de Mariam, formado por alrededor de 300 familias, partió hacia el sudoeste y luego no se supo más nada de él. En las semanas, los meses y los años que siguieron a la partida, la historia de la joven estuvo marcada por el dolor y el sufrimiento: la pérdida de un hijo, la lucha por la supervivencia, el completo aislamiento que la dejó al margen de una importante operación humanitaria. Lo más alarmante es que la historia de Mariam no es un caso aislado, pues millones de desplazados internos atraviesan experiencias similares en todo el mundo.

A finales de 2008, el Centro de Control de Desplazamientos Internos, una institución dependiente del Consejo Noruego de Refugiados, estimó en 11,6 millones la cantidad de desplazados en África, 4,5 millones en América, 3,9 millones en Oriente Medio, 3,5 millones en Asia meridional y sudoriental, y 2,5 millones en Europa y el centro de Asia.

# CRECIENTE PREOCUPACIÓN EN LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

El desplazamiento de personas en el interior de sus propios países como consecuencia de la guerra es motivo de creciente preocupación en todos los continentes. Como afirma el presidente del CICR, Jakob Kellenberger, “los desplazamientos internos son uno de los problemas más graves en los que interviene la acción humanitaria. Su impacto en los varios millones de desplazados y en el sinnúmero de familias y comunidades de acogida es difícil de evaluar, si no imposible”.

Los ataques directos y los malos tratos, la pérdida de bienes, el riesgo de que las familias queden separadas y los niños alejados de sus familiares, el mayor peligro de la violencia sexual para las mujeres y las niñas, los mayores riesgos sanitarios, y la restricción del acceso a la atención médica y a otros servicios esenciales son algunas de las amenazas con las que se enfrentan los desplazados internos. En sus intentos por procurarse lo necesario para sobrevivir, estas personas corren aun más riesgos, debido a las tensiones con las comunidades de acogida, el reclutamiento forzoso, los asentamientos en lugares peligrosos o inadecuados y el retorno obligado a zonas inseguras.

En algunas ocasiones, el acceso a los desplazados es un problema sumamente complicado. Los campamentos oficiales donde viven poblaciones enormes son sólo la punta del iceberg. Las necesidades suelen ser mayores fuera de esos campamentos, particularmente en las comunidades donde los residentes, que a menudo luchan por su propia subsistencia, proporcionan vivienda y alimento a los desplazados. Fuera de los campamentos de desplazados, donde hay servicios médicos y se distribuyen alimentos y agua en un entorno seguro y fuera del alcance de la mayoría de las organizaciones humanitarias, los más vulnerables deben valerse por sí mismos. Entre los más desprotegidos se encuentran quienes deciden permanecer en su lugar de residencia

*“Sólo pensaba  
en proteger  
a mis hijos,  
en sobrevivir,  
y no en el lugar  
adonde iríamos  
o en las cosas  
que tenía que llevarme,”  
recuerda Mariam.  
“Todos pensábamos  
en lo mismo:  
salvarnos.”*

para cuidar sus escasos pero valiosos recursos o para ocuparse de los enfermos, los discapacitados y los ancianos, que no pueden huir. Cuando se obstaculiza el acceso a estas personas, como suele ocurrir en las situaciones de conflicto, nadie se entera de las dificultades que atraviesan y la ayuda no les llega.

Nadie supo de las dificultades de Mariam. En Gereida, nadie sabía adónde habían ido los suyos y, con excepción de algún trabajador humanitario que otro, a nadie le importaba demasiado. Es que había otras preocupaciones. El campamento de desplazados, uno de los más grandes del mundo, ya hacía parecer pequeña a la ciudad, y continuaba extendiéndose. Los incesantes ataques de las milicias a las aldeas, la tensión entre los fellata y los masalit, y los intensos enfrentamientos entre las fuerzas armadas en las proximidades de la ciudad no hacían más que multiplicar el número de los recién llegados.

Mariam había salido de la aldea en 2005, a pie y cargando en brazos a su hijo menor, Hamad, junto con una



**Sudán: tras cuatro años de desplazamientos, Mariam y su tribu regresaron a Gereida en 2009 para rehacer su vida.**

columna de gente que caminaba tan rápido que sus otros niños apenas podían mantener el ritmo. La mayoría de la gente iba a pie, unos pocos montaban en burro y los menos llevaban consigo unas pocas pertenencias.

“Sólo pensaba en proteger a mis hijos, en sobrevivir, y no en el lugar adonde iríamos o en las cosas que tenía que llevarme”, recuerda Mariam. “Todos pensábamos en lo mismo: salvarnos”.

Sin embargo, no pudo salvar a Hamad. Al final del primer día, el niño comenzó a sentirse mal, con diarrea y vómitos. “Nadie quería detenerse y no había nadie que pudiera ayudarlo. No me quedaba más que seguir caminando. A los dos días, murió.”

Mariam cuenta que el viaje acabó cuando llegaron a un lugar desconocido dentro de las tierras de su tribu. El grupo se sentó a la sombra de unos árboles que se alzaban cerca de una aldea de cuatro o cinco viviendas. Estaban en el medio de la nada, pero cuando divisaron un pequeño pozo de agua, decidieron quedarse. Allí

permanecieron escondidos durante cuatro años, aislados del mundo, sin recibir ayuda ni protección.

Vivían realizando tareas rurales esporádicas. El lugar de trabajo más cercano estaba a dos horas de camino. El agotamiento y las enfermedades eran moneda corriente. Había días en que no podían trabajar y días en que algunos pasaban hambre; la mayoría de los enfermos no recibía tratamiento. No podían procurarse ni siquiera la asistencia médica básica, pues estaban lejos de todo y no tenían dinero. Mariam no puede olvidar a los bebés fallecidos durante esos años.

Los felata debieron esperar a que las fuerzas gubernamentales tomaran Gereida para poder regresar. Cuando el CICR los halló en 2009, algunos miembros de la tribu de Mariam habían vuelto a acampar bajo un árbol, mirando a la nada, al antiguo emplazamiento de su aldea, planeando empezar todo de nuevo. Pero no tenían los medios para hacerlo. Se aproximaba la época de lluvias. Con sólo arar la tierra y sembrar, podrían empezar a reconstruir su comunidad.

# ¿QUÉ SON LOS DESPLAZADOS INTERNOS?

*“... personas o grupos de personas que han sido forzadas u obligadas a huir de sus hogares o lugares de residencia habitual, o a abandonarlos, en particular, a causa de un conflicto armado, de situaciones de violencia generalizada, de violaciones de los derechos humanos o de desastres naturales o causados por el hombre y que aún no han cruzado una frontera entre Estados reconocida internacionalmente...”*

La historia de Mariam revela que los desplazados tienen necesidades de corto, mediano y largo plazo: alimento, agua, techo, seguridad, asistencia sanitaria, educación, integración económica y social. Asimismo, muestra que, para que la acción humanitaria sea eficaz, deben considerarse las necesidades de los desplazados en cada etapa de su traslado, y que la protección y la asistencia deben ir de la mano.

La definición de desplazado interno que se emplea con mayor frecuencia es la enunciada en los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos, de las Naciones Unidas:

*“... personas o grupos de personas que han sido forzadas u obligadas a huir de sus hogares o lugares de residencia habitual, o a abandonarlos, en particular, a causa de un conflicto armado, de situaciones de violencia generalizada, de violaciones de los derechos humanos o de desastres naturales o causados por el hombre, y que aún no han cruzado una frontera entre Estados reconocida internacionalmente...”*

Son muchos los motivos que pueden hacer que una persona se convierta en desplazada dentro de su propio país; por ejemplo, que deba escapar de circunstancias que van más allá de un conflicto armado o una situación de desastre. “A veces, el conflicto es el punto crítico”, dice Angela Gussing, directora adjunta de Operaciones del CICR. “Puede ser la gota que colma el vaso, tras una sequía o la pérdida de fuentes de sustento o una sucesión de malas cosechas. La violencia, o el miedo a la violencia, a veces da el empujón final. Las armas no son la única causa”.

Los marcos jurídicos, como las leyes nacionales, el derecho de los derechos humanos y, en un conflicto armado, el derecho internacional humanitario, tienen la función

de proteger a los desplazados internos y a otros civiles que lo necesitan. En virtud del DIH, el desplazamiento de civiles impuesto por una de las partes de un conflicto está prohibido, a menos que la seguridad de la población civil esté en peligro por motivos militares. En ese caso, los desplazados tienen derecho a recibir la misma protección que el resto de la población.

En el derecho queda bien en claro que la principal responsabilidad por la protección y cobertura de las necesidades básicas de los desplazados internos recae en el Estado o, en situaciones de conflicto armado, en las autoridades que controlan el territorio en el que se encuentran asentadas dichas personas. Muchas veces, quienes deben asumir esa responsabilidad no lo hacen, y eso constituye una enorme dificultad para el CICR en el diálogo que entabla con las partes en conflicto en su calidad de guardián del DIH.

En tanto civiles, los desplazados internos tienen derechos que son más fáciles de señalar que sus necesidades. Para algunas organizaciones humanitarias, el nombre con el que se los designa no es muy útil. Un alto funcionario de una de esas organizaciones con experiencia en el terreno en Asia y África explica: “Desde el punto de vista operacional, es muy frustrante. La denominación ‘desplazado interno’ puede ser engañosa, pues una persona desplazada puede estar en mejor situación que una persona no desplazada afectada por el mismo contexto. El término en sí no dice nada”.

En Jartum, Jordi Raich Curco, jefe de la delegación del CICR en Sudán, sonríe ante lo que considera una obsesión por poner rótulos y los criterios obsesivos en los que se funda. “Disculpe, ¿usted es un desplazado interno, un refugiado o un migrante? ¿Es usted víctima de un conflicto o de alguna otra situación de violencia?”







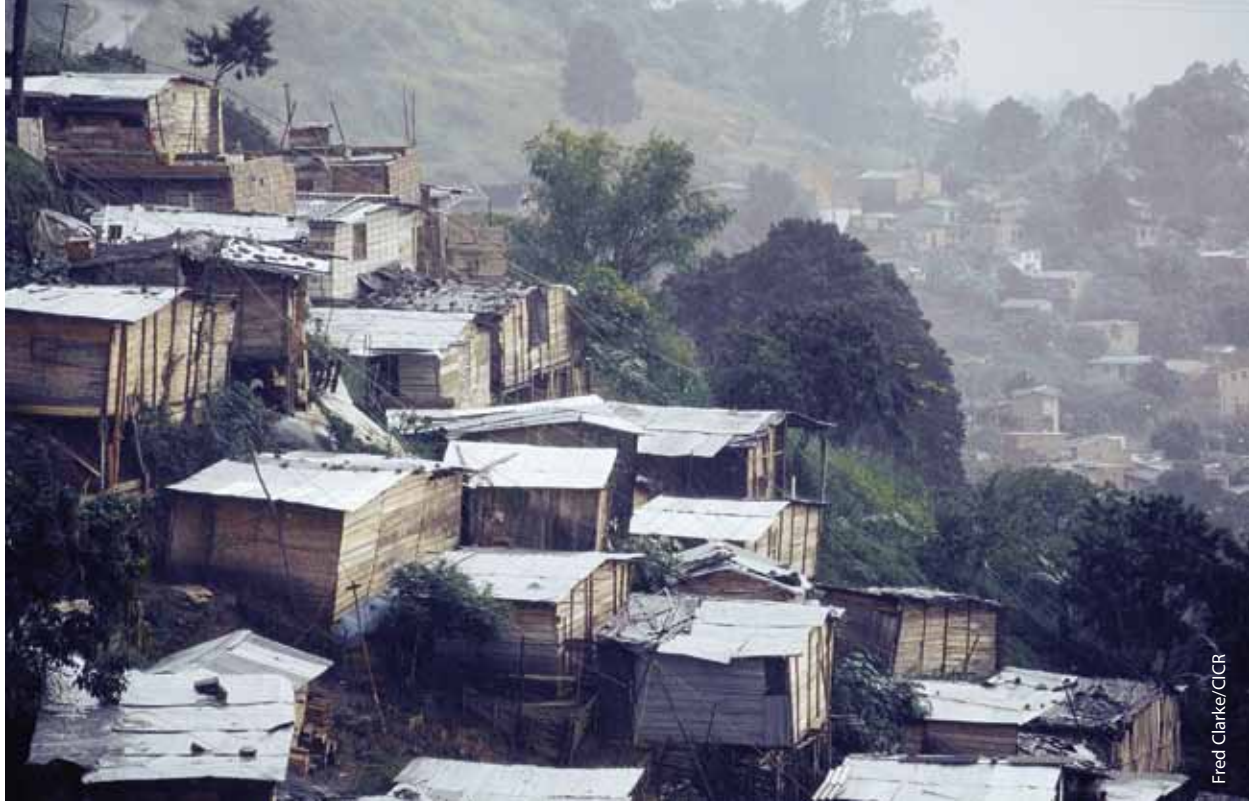
Pakistán: en 2009, unos 2,5 millones de personas tuvieron que huir a causa de los enfrentamientos.

Jeroen Overlemans/CICR

¡Ah, es nómade! ¿Se traslada porque huye de una guerra o porque ése es su modo de vida?”, ironiza.

Las personas consideradas “migrantes económicos” son víctimas de esa obsesión con los rótulos, porque no cumplen con los criterios que guían la acción de algunas organizaciones humanitarias. A menos que hayan escapado de un conflicto o de una amenaza de conflicto, no cuentan como beneficiarios de asistencia, pues se sospecha que pretenden beneficiarse de una ayuda que no necesitan. Si bien siempre hay personas que se aprovechan de la situación, los conflictos suelen afectar los mercados y las personas no reciben los servicios esenciales, por lo cual se ven obligados a ir en su busca. La ayuda con la que podría evitarse el desplazamiento a veces no llega a determinadas comunidades, que luego se encuentran con que las organizaciones humanitarias las discriminan a causa de un rótulo.

Lo que Jordi Raich Curco quiere decir es que la ayuda humanitaria debería guiarse por la necesidad y no por un conjunto de categorías. En palabras del jefe de la delegación del CICR en Sudán, las personas desplazadas rara vez forman grupos homogéneos. Detrás del mismo rótulo, hay personas que son vulnerables por distintos motivos y tienen necesidades diferentes y específicas. Las necesidades especiales de las mujeres, los niños y los ancianos están reconocidas en las normas jurídicas existentes y se las enuncia asimismo en los Principios Rectores. No obstante, en las situaciones de conflicto normalmente no se respetan sus derechos. Mama Louise (nombre ficticio), violada junto con sus hijas y su madre, de 81 años, en la provincia de Kivu Sur de la República Democrática del Congo, puede dar fe de ello.



Fred Clarke/CICR

**Colombia: entre 1,8 y 3 millones de colombianos han tenido que desplazarse desde 1985; la mayoría de ellos ahora vive en la pobreza, en zonas urbanas.**

Su historia es muy común. La violencia sexual y de género contra los civiles no da tregua en la República Democrática del Congo, y en Kivu Norte y Kivu Sur en particular. Sin duda, el desplazamiento incrementa el peligro. Durante la huida, en las cercanías e incluso dentro de los campos, los desplazados son sumamente vulnerables. Ningún grupo está a salvo. A Mama Louise la capturaron en el camino de regreso a su aldea.

Cuando comenzaron los ataques por parte de hombres armados en los alrededores de la ciudad de Minova, Mama Louise huyó con su familia al bosque y, cuando creyó que el peligro había pasado, retornó a su aldea. “Por eso nos encontraron. Nos pidieron dinero y amenazaron con quemarnos. Tras saquear la vivienda, tres de ellos se quedaron, me hicieron callar y cerraron la puerta. Después nos violaron”.

Para las mujeres y los niños de muchos países, la violencia sexual y la explotación no cesan nunca. Las mujeres además deben soportar la violencia doméstica, el acceso deficiente a los servicios de salud reproductiva y, en muchos casos, la responsabilidad de mantener a sus familias. En Somalia han muerto tantos hombres que es común que las familias desplazadas estén encabezadas por mujeres. Algo similar ocurre en las principales ciudades de Colombia, donde más del 90 por ciento de las familias monoparentales desplazadas tienen por jefa a una mujer.

Los niños desplazados continúan siendo presa de grupos armados que los usan como soldados, sirvientes o esclavos sexuales. Durante un conflicto, la separación de los niños de sus familias plantea graves peligros. En 2008, el trabajo forzado y la explotación económica de niños se dieron con frecuencia al menos en 20 países.

Además, en tales circunstancias, se interrumpe el acceso a la educación.

Las cifras son preocupantes. En Colombia, más de la mitad de la población desplazada son niños. Según un estudio de mortalidad llevado a cabo en zonas de conflicto de la República Democrática del Congo, alrededor de un 50 por ciento de las muertes registradas corresponden a niños, pese a que constituyen sólo un 19 por ciento de la población. De acuerdo con un informe de la Comisión Internacional de Rescate, la mayoría de esos niños falleció como consecuencia de enfermedades que podrían haberse prevenido o curado con facilidad.

Los ancianos, por su parte, corren el riesgo de que los abandonen. A veces no pueden y otras no quieren desarraigarse con la premura que exige una situación de conflicto; entonces permanecen en su lugar y afrontan las consecuencias. Cuando los ejércitos de Georgia y Rusia se enfrentaron en Osetia del Sur, los habitantes más jóvenes huyeron. Cuando llegó el invierno, los ancianos que se habían quedado tuvieron dificultades para conseguir alimentos y asistencia médica.

Las instalaciones sanitarias estaban en ruinas, el precio de los alimentos aumentó debido a la mala cosecha, y el precario estado de las rutas dejó aisladas a las comunidades más remotas. En poblados como Avnevi, la angustia era cada vez mayor. Tamara, una mujer de 68 años, comenta: “Se fue mucha gente. Es muy importante para mi hermana y para mí saber que alguien se acuerda de nosotras”.

El lugar de asentamiento de los desplazados también incide en sus necesidades. No es lo mismo, por ejemplo, vivir en el campo que en la ciudad.

En Colombia, la mayoría de los desplazados está en las



Fred Clarke/CICR

**Muchos peligros acechan a los desplazados, sobre todo si son personas mayores.**

zonas suburbanas pobres cercanas a las grandes ciudades. Los cuarenta años de conflicto han causado el desarraigo de casi el 10 por ciento de la población, y las cifras se incrementan año a año.

Los pobladores de las zonas rurales luchan por adaptarse al entorno urbano. Sin tierras que cultivar, los granjeros, cuyos ingresos son magros e inestables, se ven obligados a comprar el alimento. Para ellos no es fácil encontrar empleo, pues sus conocimientos son de poca utilidad en las ciudades. A estas dificultades se suma el delito, el hacinamiento y la condición insalubre de las viviendas. A veces es necesario sacrificar la atención médica y la educación, porque el dinero sólo alcanza para cubrir las necesidades básicas.

La falta de experiencia en la jungla de cemento —no saber desenvolverse ni a quién recurrir— puede empeorar la situación de las personas desplazadas, tal como se aprecia en un estudio realizado por el CICR y el Programa Mundial de Alimentos. La cuarta parte de las personas entrevistadas no había informado de su situación a la autoridad correspondiente, con lo cual no recibían ayuda estatal.

Así como los fellata desaparecieron en el entorno rural, los colombianos desaparecen en las ciudades. En Colombia, las tribus minoritarias y los afrocolombianos, obligados a abandonar su tierra por los grupos armados, son los más propensos a perderse en las ciudades. "Primero enfrentarse con la situación de conflicto, y luego entrar en contacto con el mundo moderno, es demasiado para ellos", asegura Christoph Vogt, jefe adjunto de Operaciones para América Latina del CICR. "Algunos ni siquiera hablan español", agrega.

*"Se fue mucha gente. Es muy importante para mi hermana y para mí saber que alguien se acuerda de nosotras."*

# EVITAR LOS DESPLAZAMIENTOS Y PROTEGER A LAS PERSONAS DESPLAZADAS

El CICR tiene como una de sus prioridades evitar los desplazamientos, pero el caos y la anarquía reinantes en las situaciones de conflicto interno dificultan el cumplimiento de ese objetivo.

¿Qué podría retener a María Elena en Las Cruces, el poblado colombiano donde vive en el departamento de Nariño? Desde que, una noche, una bala perdida atravesó las paredes de su modesta casa de madera y la alcanzó a ella, aunque milagrosamente no tocó a la beba a la que estaba amamantando, ella y su familia han estado pensando en abandonar Las Cruces, como algunos de sus vecinos ya han hecho.

En esta aldea habitada por 40 familias, la vida suele ser muy tranquila. Nadie que pase por Las Cruces imaginaría que es un lugar peligroso para vivir. Los vecinos saben que en cualquier momento puede llegar uno de los varios grupos armados apostados en los alrededores. Cuando se producen enfrentamientos entre grupos rivales, o cuando uno de ellos se enfrenta con una patrulla del ejército en las cercanías de la aldea, los habitantes se meten en sus casas, se echan en el suelo y ruegan no quedar en medio del fuego cruzado.

María Elena perdió el brazo izquierdo —se lo amputaron en el hospital, donde llegó tras un peligroso viaje que duró toda una noche—, pero lo que recuerda con mayor nitidez es que su beba pataleaba tanto que creyó que la pequeña también estaba herida. ¿Y si la próxima vez su hijita no tiene tanta suerte? ¿Y si el chofer de la ambulancia se niega a conducir de noche por caminos de tierra con baches que parecen cráteres y con los puestos de control en manos de las milicias? ¿Y si la próxima vez no pasa ningún camionero dispuesto a ayudarla?

Por el momento, piensa quedarse. Su marido trabaja en la granja y ella tiene una pequeña tienda de comestibles en su casa. No tienen mucho, pero es más de lo que tendrían si se desplazaran a la ciudad.

Son valientes por aferrarse a su decisión de quedarse en casa, pero una incursión más de un grupo armado y deberán marcharse, como tantas otras familias en Colombia.

Este tipo de peligros podría reducirse si se respetaran los derechos de los civiles. Recordar a las partes en conflicto el cumplimiento de las disposiciones del DIH, asegurarse de que las fuerzas y grupos armados tengan en cuenta las reglas de la guerra, supervisar su cumplimiento e intervenir cuando sea necesario son acciones prioritarias para el CICR y las Sociedades Nacionales de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, que promueven los principios del DIH en todos los lugares del mundo a los cuales tienen acceso, incluso durante los conflictos más prolongados.

Tras veinte años de conflicto armado en Somalia, la Media Luna Roja Somalí no ha cesado en sus esfuerzos por recordar a las fuerzas armadas y las milicias su obligación de proteger y respetar a la población civil, los soldados heridos o capturados y el personal sanitario y humanitario y sus respectivas infraestructuras.

No se sabe con exactitud cuántos desplazados internos hay en Somalia. Las personas son desplazadas una y otra vez; sólo unos pocos tienen la suerte de no haber sido víctimas de este flagelo. El presidente de la Media Luna Roja Somalí, Ahmed Mohamed Hassan, se pone serio cuando habla del tema: “La situación no es nada fácil, pero la difusión de los principios del DIH sigue siendo de vital importancia. Hacemos hincapié en sus relaciones con el Corán, las enseñanzas del Islam y el derecho consuetudinario somalí”.

Ninguna palabra sería más adecuada que “vital”. Los ataques a las organizaciones y los trabajadores que han participado en operaciones de ayuda en 2009 son una muestra de la falta de respeto por la acción humanitaria, que suele ser la tabla de salvación de las personas atrapadas en un conflicto. El desorden ocasionado por los ataques también representa una amenaza para el bienestar de los desplazados.

El derecho internacional humanitario obliga a quienes portan armas a permitir que el personal humanitario llegue a salvo donde se encuentran las personas que necesitan ayuda; sin embargo, muchas veces esto no ocurre. En Oriente Medio, las ambulancias de la Cruz Roja Libanesa y la Media Luna Roja Palestina han sido atacadas mientras se dirigían a buscar heridos. Muchos voluntarios han muerto o han resultado heridos. Youssef, un voluntario de 40 años, ayudó a evacuar heridos del campo de refugiados Nahr el Bared, en el norte libanés. En 2007, como consecuencia de los enfrentamientos entre el ejército libanés y el grupo armado Fatah al Islam, hubo 28.000 palestinos desplazados. “Por la noche, apagábamos las luces de la ambulancia porque teníamos miedo de que nos dispararan”, recuerda. Para evitar los desplazamientos, es necesario solucionar las situaciones que inducen a las personas a abandonar sus hogares. En Kenia, por ejemplo, habría que intentar atenuar las tensiones que genera la escasez de recursos. Además del desplazamiento causado por el conocido episodio de la violencia post-electoral, miles de personas han tenido que desplazarse a raíz de los enfrentamientos entre tribus por la posesión de la tierra, las pasturas, el ganado y el agua.

Una solución posible es fomentar el desarrollo de medios de subsistencia y llevar a cabo acciones que generen múltiples beneficios. “Si la Cruz Roja de Kenia

nos hace saber que se han dañado dos pozos en un lugar donde la escasez de agua puede contribuir a aumentar la tensión, nosotros enviamos personal técnico”, explica Christophe Luedi, jefe de la delegación del CICR en Nairobi. “No sé si la finalidad inmediata es evitar los desplazamientos, pero...”, concluye.

En Kenia se superponen climas extremos que contribuyen claramente al desplazamiento, independientemente de las tensiones étnicas. En las zonas más proclives al conflicto, la seguridad económica es un factor crítico.

La finalidad principal de los programas de seguridad económica es preservar o restaurar la capacidad de los hogares o las comunidades para satisfacer sus necesidades básicas. En Sudán, la mayoría de las tareas que realiza el CICR en pro de la seguridad económica se vincula con la prevención del desplazamiento, incluso en las montañas de Jebel Marra, la cordillera más alta del país. Esta zona, controlada en su mayoría por fuerzas rebeldes y rodeada por el ejército sudanés, cuya población es de más de 300.000 habitantes, ha tenido que acoger a un número cada vez mayor de desplazados.

Jebel Marra está situada en la fértil zona central de Darfur y alguna vez fue el granero de la región. En la tierra de los fur, campesinos que aún cultivan los valles y las mesetas altas, los mercados se vieron afectados y hubo una brusca disminución de la producción agrícola. El problema de la escasez de recursos se agravó con la llegada de una gran cantidad de personas que huían del conflicto que tenía lugar en las estribaciones de la cordillera y en las llanuras cercanas. Mientras que antes, una familia tenía cuatro o cinco hectáreas para sembrar, en la actualidad no hay más de una hectárea disponible por grupo familiar.

Los desplazados se refugiaron en las aldeas de montaña, sobre todo en casa de parientes o amigos. Allí construyeron refugios y buscaron tierra para cultivar o trabajo en las tierras de otros. Pero, como los recién llegados habían dejado atrás todas sus pertenencias, la carga de la ayuda recayó en las comunidades de acogida.

El CICR ayuda tanto a los desplazados como a los miembros de la comunidad de acogida distribuyendo herramientas y semillas, así como alimentos que permiten que los agricultores continúen trabajando la tierra sin interrupciones y eviten el consumo de semillas. No es posible estimar en qué medida estas acciones han evitado el éxodo en Jebel Marra pero, según Peter Schamberger, coordinador de seguridad económica, la ayuda ha servido para que las “condiciones de vida sean tolerables”.



Franco Pagetti/CICR/VII

Colombia: María Elena y su familia han decidido quedarse en su casa a pesar de los riesgos, 2009.

# CAMPAMENTOS: ¿UNA SOLUCIÓN O PARTE DEL PROBLEMA?

Si los fur se hubiesen ido de Jebel Marra, habrían ido a vivir en campamentos, la única alternativa segura para ellos. Pero ¿los campamentos de desplazados son una solución al problema del desplazamiento interno o forman parte de él? ¿Los campamentos y el atractivo de los servicios que allí se reciben contribuyen a incrementar y prolongar el desplazamiento y a erosionar los mecanismos de supervivencia más tradicionales? Hay sólidos argumentos en favor de esta idea, y los organismos de las Naciones Unidas y el CICR coinciden en considerar los campamentos como un último recurso, una opción a la que recurrir cuando no existe otra.

El campamento de desplazados de Gereida, si se lo puede denominar así, es un buen ejemplo de lo explicado en el párrafo anterior. Hoy en día, es difícil determinar dónde termina la ciudad, que antes tenía 20.000 habitantes, y dónde empieza el campamento, en el que se alojan casi 148.000 personas. Gereida podría ser una ciudad en expansión, en la que los refugios y los complejos habitacionales de los desplazados surgen como barrios nuevos.

Si bien el campamento es una aglomeración urbana, sus barrios son aldeas transplantadas. Comunidades enteras se han desplazado y asentado en la ciudad conservando el nombre, la identidad y la estructura de la aldea original.

No obstante, no todo se ha mantenido igual. La sequía y las plagas ya no repercuten en la cantidad de alimento disponible. Gracias al Programa Mundial de Alimentos, los pobladores satisfacen sus necesidades alimentarias y los niños van a la escuela, cosa que no ocurría en las aldeas.

Donde antes había pozos poco profundos, hoy hay agua potable, tan limpia como la que sale de cualquier grifo de Jartum. El agua es transportada desde los pozos hasta los tanques y a los sistemas de grifos públicos de cada barrio. Antes, los pobladores de las aldeas se contentaban con un puesto sanitario; hoy tienen acceso a tres centros de atención primaria de la salud. Uno de ellos, administrado por el CICR, brinda un servicio que bien podría ser la envidia del hospital de la ciudad.

Además, es gratuito, beneficio que no comparte el hospital de la ciudad. Como en este centro de salud se atiende a todos los que acuden a él —y quienes no son personas desplazadas también necesitan atención médica—, los residentes de Gereida lo utilizan, y hay quienes llegan desde

Buram, la principal ciudad de la zona. Así, un proyecto que se inició como operativo de emergencia en la actualidad brinda servicios en forma regular.

Si bien todos estos factores con frecuencia contribuyen a salvar vidas, cabe preguntarse si son saludables desde el punto de vista estructural. Según el CICR y otras organizaciones humanitarias, el “atractivo” de los servicios que se proporcionan en los campamentos es un elemento que agrava el problema del desplazamiento. Las personas se van de su casa por miedo e inseguridad, pero los servicios sociales que reciben en los campamentos, mejores que los que han conocido jamás, pueden alentar o acelerar el desplazamiento. De ese modo, la “atracción” se transforma en un factor decisivo.

Sin duda, estamos frente a un dilema. Durante años, las organizaciones humanitarias han tratado de alcanzar un nivel mínimo de calidad en la asistencia proporcionada en situaciones de desastre o de conflicto. Hoy en día, la pregunta es cuál es el límite máximo de la ayuda. El presidente Kellenberger lo explica así: “Puede ser mucho más sencillo prestar servicios en los campamentos, pero las autoridades y las organizaciones humanitarias deberían hacer todo lo posible para que todos los afectados reciban un buen nivel de ayuda en las zonas de conflicto”.

“Tenemos que preguntarnos: ¿Queremos que estas personas tengan un incentivo para volver a sus hogares? El entorno que creamos puede ser tan bueno en comparación con su lugar de origen, que quizá luego no estén dispuestos a regresar.”

Nadie sabe a ciencia cierta cuántos desplazados se irán del campamento Gereida una vez terminado el conflicto. Los servicios ofrecidos se irán reduciendo a medida que haya mayor estabilidad y aparezcan signos de recuperación. El rey Adam Mohamed Yagoob, sobrino del difunto rey Malik, se sorprendería si se quedara menos de un tercio, lo que equivale al doble de la población original de la ciudad.

En los campamentos hay otras complicaciones. En Darfur, como en otros sitios, los campamentos se han organizado según las etnias y conforme a la influencia de líderes políticos. Algunos grupos no podían ingresar en ciertos sitios y acusaban a sus rivales de usar los campamentos como refugios después de perpetrar un ataque. Las acusaciones provocaban tensión entre tribus y a ello seguía la violencia.



Jeoben Oerlemans/CICR



Boris Heger/CICR



Rudy Tolentino/CICR



Olga Mitcheva/CICR

En algunos campamentos estaban presentes grupos de oposición armados que, mediante la extorsión y el acoso, reclutaban a los desplazados, entre quienes distribuían armas. En otros, se obligaba a los más vulnerables a entregar sumas de dinero e incluso a compartir sus raciones de alimentos.

El CICR estableció el campamento de Gereida cuando ninguna otra organización podía trabajar en la zona ni tenía acceso a ella debido al conflicto.

En lugares sin mayores problemas de seguridad, sin embargo, los organismos de las Naciones Unidas y las ONG suelen ocuparse adecuadamente de los campamentos. En esos casos, el CICR se encarga de la enorme cantidad de personas vulnerables que no viven dentro de los campamentos, de otras personas desplazadas y de las comunidades afectadas que otras organizaciones no pueden atender.

El acceso es un factor clave. La acción neutral e independiente del CICR y el diálogo que éste mantiene con todas las partes en un conflicto le garantizan el acceso. En el terreno, trabajando directamente con las comunidades, la Institución les ayuda a hacer frente a la adversidad y a consolidar sus propias estrategias de subsistencia, trata de evitar el desplazamiento y apoya a las comunidades de acogida a las que recurren los desplazados inicialmente.

No todas las personas desplazadas se dirigen a los campamentos o se quedan a vivir allí. Estos lugares desvían la atención de la dura realidad del desplazamiento interno. Los campamentos pueden ser el último recurso, pero con mucha frecuencia están en lugares accesibles, lejos de las líneas del frente, próximos a las ciudades o, al menos, a aeródromos. Los donantes y la prensa entran y salen de los campamentos y lo que ven allí cobra visibilidad. En consecuencia, el debate sobre las personas desplazadas se ha centrado casi exclusivamente en aquellos que viven en los campamentos, en perjuicio de quienes no pueden llegar hasta ellos.

Las provincias de Kivu, en el este de la República Democrática del Congo, en la zona limítrofe con Uganda y Ruanda, ilustran esta afirmación. Millones de personas han muerto en esa región devastada por la guerra, que se inició en la década de 1990. Se estima que a mediados de 2009 había en la RDC cerca de 1,4 millón de personas desplazadas, que en su mayoría se encontraban en Kivu Norte y Kivu Sur, y en la vecina provincia Oriental.



Andrew McConnell/Panos

**República Democrática del Congo: una familia desplazada a causa del actual conflicto construye un refugio en un campamento que alberga a más de 10.000 personas, 2008.**

La mayoría de los desplazados vive con familias de acogida en zonas agobiadas, como Chebumba, un municipio ubicado 50 kilómetros al norte de Bukavu, la capital de Kivu Sur. Hay aquí tres veces más desplazados que residentes permanentes, y en ocasiones la ciudad se ha visto saturada. Olas y olas de personas desplazadas han pasado por allí, y la población local ya no puede acoger a los recién llegados.

La presión que soportan las comunidades de acogida es enorme, pues normalmente también están afectadas por el conflicto, de modo que, incluso antes de la llegada de los desplazados, los recursos suelen ser escasos. El abastecimiento de alimentos no es suficiente y la tierra cultivable, el agua, el saneamiento, y los servicios públicos como las escuelas y los hospitales no alcanzan. Inevitablemente, la presencia prolongada de las personas desplazadas hace que los recursos disminuyan más aún, creando tensiones entre los recién llegados y los residentes permanentes.

El CICR conoce muy bien esa situación, que se repite en todas partes del mundo. En Mindanao Central, en el sur de Filipinas, los numerosos desplazamientos causados por los combates han resultado una carga insostenible para los residentes, de por sí vulnerables, que no sólo se han empobrecido sino que han tenido que alojar hasta 20 personas desplazadas en viviendas familiares.

En esas situaciones, todos sufren. Al haber huido de sus casas a toda prisa debido a los enfrentamientos armados, las personas llegaban a Chebumba sólo con lo

puesto. Como a veces no encontraban vivienda en el municipio, vivían a la intemperie, soportando condiciones muy difíciles. Entre ellos había niños, mujeres embarazadas, enfermos y víctimas de abusos.

Ruboneza, de 32 años, huyó de su casa de Kivu Norte tras el arribo de hombres armados que comenzaron a reclutar aldeanos por la fuerza. Ruboneza se fue con su mujer y sus dos hijos, pero antes vio morir a sus hermanos menores y sus vecinos. Poco tiempo después, su madre fue asesinada en un lugar al que habían ido pensando que allí estarían a salvo.

Antes de llegar a Chebumba, se unieron al grupo dos niños que habían perdido contacto con su padre y cuya madre había sido asesinada. "Los traje conmigo", comenta Ruboneza. "Siento la obligación de ocuparme de ellos. Si consigo comida para todos, muy bien, y si no, todos pasamos hambre".

Los desplazados de la República Democrática del Congo suelen permanecer con familias de acogida. Se estima que lo hace el 70 por ciento de los desplazados. No obstante, el porcentaje de personas desplazadas que viven en campamentos oficiales ha registrado un importante aumento en los últimos tiempos. En 2007 había un solo campamento en Kivu Norte. A mediados de 2009, la cifra había llegado a 11.

Según Claudia McGoldrick, asesora del presidente del CICR, hay varios factores que explican esas cifras. Sin duda, el flujo incesante de personas desplazadas satura a las comunidades pobres, empeorando la depredación económica y creando tensiones. Además, los períodos



*“Los campamentos desvían la atención de la dura realidad de los desplazamientos internos.”*

de desplazamiento son más largos. Por último, las ONG internacionales, coordinadas por el ACNUR, el organismo de las Naciones Unidas para los refugiados, asignan cada vez más recursos a los campamentos en vez de a las comunidades, que los necesitan desesperadamente. En consecuencia, escasea la ayuda para los desplazados que viven con familias de acogida.

A la dificultad de acceder a los desplazados que viven fuera de los campamentos se suma la de conseguir fondos, pues muchos donantes, según parece, no reconocen las necesidades que son menos visibles.

Desde hace mucho tiempo, la visibilidad —o la falta de visibilidad— es un tema preocupante en Kenia, donde los desplazamientos comenzaron cuando el país se independizó de Gran Bretaña. A partir de entonces, los enfrentamientos entre tribus, la violencia post electoral y los conflictos por la distribución de tierras, aún sin resolver, se cuentan entre las principales causas de los desplazamientos. La violencia generalizada que siguió a las elecciones presidenciales de diciembre de 2007 provocó el desplazamiento de medio millón de personas; sin embargo, de acuerdo con las organizaciones humanitarias, en ese momento ya había 350.000 desplazados en el país.

El tema cobró prominencia con el estallido de violencia que tuvo lugar a principios de 2008, recuerda Bill Omamo, responsable de protocolo del CICR en Nairobi, pero la noción de los desplazados kenianos se materializó sólo con el establecimiento de los campamentos inmediatamente después de las elecciones. “La

magnitud y la naturaleza de la violencia se reflejaron con gran claridad en los campamentos”, asegura Omamo.

Como en otros lugares, los medios de comunicación fijaron su mirada en los campamentos porque tenían acceso a ellos. De modo que se prestó menos atención a la difícil situación que atravesaban las comunidades de acogida, y nunca se supo cuántas personas desplazadas vivían fuera de los campamentos.

James Kisia, secretario general adjunto de la Cruz Roja de Kenia, relata que las comunidades de acogida ya estaban en una situación complicada debido a una sucesión de malas cosechas. “Fueron tiempos difíciles. Las comunidades eran pobres y les costaba mucho ayudar a los desplazados, pero lo hicieron”, recuerda.

En general, las consecuencias que la huida de los habitantes de los suburbios tiene para los pobres que viven en zonas rurales han pasado inadvertidas. Barrios enteros se incendiaron en las zonas periféricas que caracterizan a las ciudades de Kenia y, entre las personas que huyeron, había muchas que mantenían a familiares pobres del campo. La situación se invirtió. No sólo se había perdido una fuente de ingresos, sino que los que enviaban el dinero a sus parientes, de pronto golpeaban a su puerta. Los que antes ayudaban ahora necesitaban ayuda.

Para muchas personas, la situación era insostenible. Se sabe que algunos desplazados pedían dinero prestado para satisfacer sus necesidades básicas pues, como pocos sabían de su existencia, no recibían ayuda humanitaria.

# LA VUELTA AL HOGAR

*“No sabemos cuándo vamos a volver.  
Me preocupan mi casa y mis animales,  
pero qué voy a hacer.  
Todavía es peligroso.”*

Ha empezado a llover, y reverdece el paisaje desértico. En las afueras de Gereida, hay gente labrando la tierra y plantando semillas en terrenos que fueron, durante años, tierra de nadie. La seguridad parece volver a sus niveles normales. Por fin existe la esperanza de una cosecha.

Los granjeros van a lomo de burro de la ciudad al campo, donde los animales luego servirán para tirar del arado. Un burro arrastra un carro muy cargado, en el que viaja una familia y al cual están amarradas unas cabras. Todos regresan a la aldea de Um Karfa, a la que llegarán en una o dos horas.

Antes de que comenzaran “los problemas”, como se refieren al conflicto los habitantes de Darfur, Um Karfa era la principal de unas 15 aldeas habitadas por los masalit. Los nómades vivían alrededor de ellas. Cuando llegó la violencia a la zona y algunos de esos poblados fueron atacados, los masalit se dirigieron a Gereida y los nómades se quedaron. Ansiosos por retomar su vida normal, los masalit —una minúscula fracción de los cientos de miles de personas que tratan de regresar a sus hogares en el mundo— han iniciado un regreso cauteloso.

De la vieja aldea no queda nada. Las casas fueron incendiadas y las nuevas se parecen, por ahora, a las viviendas de un campamento de desplazados: tiendas hechas de lona y de elementos recogidos en el bosque. La copiosa lluvia de la noche anterior se coló por los agujeros de las viviendas improvisadas. Las mujeres se quejan amargamente: “No podemos dormir en un lugar como éste. Tenemos miedo por nuestros hijos. ¿Ve esto?”, pregunta una mujer con cinco hijos, mientras nos muestra un puñado de arena mojada que levantó del suelo de su vivienda. “Agua, agua y más agua.”

Como tantos otros que han venido a este lugar, la mujer no está convencida de que volver a Um Karfa sea una buena idea. Aún quedan familiares suyos en el campamento de Gereida y por eso ella no termina de irse de allí; en algún momento, quizás necesite regresar. Discretamente, los campamentos proporcionan a las personas que se han ido una parte de los alimentos que se distribuyen en el campamento, y les prestan asistencia médica. Por estas razones, muchas mujeres deciden volver.

La lluvia puede ser tanto una bendición como

una desgracia. La tierra recién arada es un símbolo de esperanza. Todos piensan que, con seguridad, una provisión sustentable de agua, semillas y herramientas para empezar, Um Karfa puede volver a ser una aldea próspera.

Ahora mismo, las semillas y las herramientas constituyen un problema, pues no todos las han conseguido. Hawa Issa Mahady, una viuda de unos 50 años con seis hijos, no tiene semillas. Pasa las mañanas limpiando un terreno, preparando el campo para la siembra. Por las tardes, vende té y café cerca del carnicero, el panadero y los demás comerciantes que procuran revitalizar el mercado.

“Ahorro todo lo que gano para poder comprar semillas; en cuanto las tenga, las sembraré”, explica. Quizá le lleve algún tiempo. El té cuesta barato; las semillas son caras. El único cliente que ha tenido hoy es el autor del presente artículo.

No obstante, la vendedora de té es tesonera. Día tras día, se sienta en su banquito, frente a una llama donde calienta el agua. Tiene muchas responsabilidades, porque, además de criar a sus hijos, cuida a su anciana madre y a una tía ciega. Um Karfa, además, no es su destino final, sino un lugar de residencia temporaria.

Hawa Issa Mahady y su familia provienen de la remota aldea de Gortobok, la primera que sufrió los ataques de los hombres que mataron a su marido y sus vecinos. Hasta ahora, nadie se ha atrevido a regresar allí para ver qué ha quedado en pie y evaluar las condiciones de seguridad.

Las semillas y las herramientas agrícolas son los medios que le permiten a una población trabajadora con acceso a la tierra volver a su antigua forma de ganarse la vida, a encontrar lo que las organizaciones humanitarias denominan una solución duradera. Pero, en Darfur, muchas personas deben conformarse con menos, sean agricultores locales, desplazados que viven en campamentos o en comunidades de acogida, o personas que procuran reasentarse, como Hawa Issa Mahady. O los medios no están disponibles, o su costo es demasiado alto para la muy exigida economía de los hogares.

Algunas personas quedan fuera del sistema de distribución a causa de la inflexibilidad de las organizaciones de ayuda. En todo el mundo, los paquetes de asistencia para las personas que regresan a sus lugares de origen

están vinculados con los campamentos de desplazados, o llegan a ellos para su distribución. La idea es que las personas que dejan los campamentos tienen derecho a los beneficios que reciben las personas que regresan a sus lugares de origen. Pero muchos desplazados que no viven en campamentos, nunca pasan por uno o vuelven a sus hogares directamente desde un lugar desconocido, pasan inadvertidos para las redes de seguridad y protección.

Eso no significa que no haya que tenerlos en cuenta. Entonces, cabe plantearse un interrogante que suele dar lugar a la polémica: ¿durante cuánto tiempo puede una persona entrar en la categoría de desplazada, y quién lo decide? En las organizaciones humanitarias suele considerarse que el desplazamiento persistirá en tanto continúe la situación que le dio origen.

En cambio, el derecho establece que el desplazamiento sólo puede durar mientras los motivos que justifican su existencia, sean éstos imperiosas necesidades militares o la seguridad de la población civil afectada, lo exijan. Se trata de que las autoridades asuman la responsabilidad de restablecer las condiciones que permitan a las personas desplazadas encontrar soluciones duraderas a las dificultades que afrontan. Asimismo, las autoridades deberían proporcionar los medios para facilitar esas soluciones. Las opciones deberían incluir el retorno al lugar de residencia y la reinserción en él, la integración en el lugar de acogida, o el reasentamiento y la integración en un nuevo sitio. Las decisiones de los desplazados deben ser voluntarias y favorecer su seguridad y dignidad, y las acciones deben apuntar al restablecimiento del nivel de vida adecuado y el acceso a los servicios esenciales.

Con frecuencia, la realidad se presta a distintas interpretaciones. A veces, los gobiernos consideran que el reasentamiento o la reintegración han ocurrido mucho antes de que los trabajadores humanitarios perciban signos de una solución duradera. Las autoridades a menudo quieren que el desplazamiento llegue a su fin porque es un indicio de que el conflicto continúa; entonces, fuerzan los acontecimientos. Otras veces, los gobiernos optan por hacer la vista gorda y desentenderse del problema, lo cual puede generar nuevos conflictos y más desplazamientos de población.



Pedram Yazali/CICR



Virginie Louis/CICR



Christoph von Tongen/CICR



Boris Heger/CICR

# LA VOZ DE LAS PERSONAS DESPLAZADAS

*En un estudio realizado en 2009, donde se entrevistó a personas afectadas por conflictos armados en ocho países, el CICR propone una perspectiva aleccionadora e interesante.*

No siempre se tiene en cuenta la participación de las personas desplazadas en lo que los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos denominan la planificación y la gestión de su regreso o de su reasentamiento y reinserción. Después de todo, ¿de quién es la vuelta a casa? ¿A quién le tiene que servir?

Es imprescindible escuchar la voz de los desplazados en las distintas etapas de su desplazamiento. En primer lugar, necesitan estar informados acerca de dónde se proporciona asistencia y cuáles son sus opciones. A veces, las personas recorren grandes distancias en condiciones muy peligrosas porque han oído el rumor de que en algún lugar distante se está brindando asistencia humanitaria, pero cuando llegan allí se dan cuenta de que el rumor era falso. Los desplazados deben tomar decisiones y para ello deben estar informados.

Por otra parte, las personas desplazadas aportan datos que son importantes para que los trabajadores humanitarios también estén informados y actúen en consecuencia.

En un estudio realizado en 2009, donde se entrevistó a personas afectadas por conflictos armados en ocho países, el CICR propone una perspectiva aleccionadora e interesante. Titulado *Nuestro mundo. Perspectivas del terreno*, el estudio se centra en las experiencias personales, las necesidades, las preocupaciones, las expectativas y las frustraciones de víctimas de conflictos armados en Afganistán, Colombia, Filipinas, Georgia, Haití, Líbano, Liberia y República Democrática del

Congo. Entre otras cosas, el estudio revela la verdadera magnitud del problema de los desplazamientos internos.

Según la encuesta, más de la mitad de las personas afectadas por las hostilidades habían tenido que abandonar sus hogares. En promedio, los desplazados representaban el 56 por ciento de los encuestados, pero en algunos países el porcentaje era mucho mayor. En Afganistán, por ejemplo, la cifra ascendía al 76 por ciento y en Liberia, casi 9 de cada 10 encuestados era un desplazado interno. A estos dos países les seguía Líbano, con un 61 por ciento de personas desplazadas. En total, los desplazados sumaban varios millones. Uno de los más grandes temores entre los entrevistados era, justamente, el desplazamiento.

Además de haber tenido que dejar su lugar de residencia, muchos desplazados tuvieron que soportar el saqueo de sus casas y la destrucción de sus bienes, y las penurias económicas eran una realidad constante. Uno de cada cinco encuestados había perdido su medio de subsistencia. El alimento, el agua y la electricidad escaseaban, y el acceso a la salud era limitado. En Afganistán y en Haití, la mayoría de las personas carecía tanto de recursos básicos como de atención médica.

Sobre todo, la encuesta deja en claro dos cuestiones: la importancia de que las partes en conflicto se atengan a las disposiciones del DIH y la necesidad de que las comunidades mejoren sus mecanismos de supervivencia, como cuestión prioritaria.



Jason Tanner/CICR

Filipinas: mujer desplazada que se ha refugiado en un almacén desocupado, provincia de Cotabato. 2008.

# HACER FRENTE A LOS DESAFÍOS

## El punto de vista del presidente del CICR

Jakob Kellenberger reflexiona sobre un tema muy debatido. Uno de los desafíos que presenta la aplicación de los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos de las Naciones Unidas es su calidad de instrumento no vinculante; por otra parte, muchos gobiernos los consideran una interferencia en sus asuntos internos. Hay quienes creen que los Principios deberían convertirse en un convenio con carácter vinculante.

El presidente del CICR casi no puede disimular su irritación: “Creo que siempre es conveniente saber con qué se cuenta. Si los gobiernos y los grupos armados no estatales cumplieran con las normas relativas a la conducción de las hostilidades, habría muchas menos personas desplazadas. Si vamos a hablar de normas vinculantes, yo apuntaría a las que ya forman parte del derecho internacional humanitario y los derechos humanos”.

Kellenberger hace una pausa antes de hacer la siguiente reflexión: “Es hora de imaginar un mundo en el que no existan ataques a la población civil. Un mundo en el que no se perpetren ataques indiscriminados. Un mundo en el que la población civil y sus bienes no sufran pérdidas ni daños. Imaginemos un mundo así”.

Con millones de desplazados en el mundo, no es una tarea sencilla. Garantizar el respeto de los derechos de las personas atrapadas en zonas de conflicto es uno de los aspectos centrales del cometido del CICR, pero en el caos que acompaña a un conflicto interno, ese objetivo puede transformarse en una misión imposible.

Kellenberger admite que, por ejemplo, no era mucho lo que se podía hacer para proteger a la gente o evitar su desplazamiento en Darfur, en 2003. “Uno muchas veces se encuentra en esa situación, pero no por ello hay que pensar que no se puede hacer nada. Si se refuerzan las operaciones, con el tiempo se puede influir más sobre las partes en el conflicto. Hay que hacer todo lo posible por lograr que se respeten las normas relativas a la conducción de las hostilidades”.

Hacer respetar la ley y prestar asistencia son los componentes centrales de la estrategia del CICR para ayudar a los civiles atrapados en un conflicto armado. El objetivo de la estrategia, explica el presidente del CICR, es restablecer condiciones de vida aceptables, reforzar los mecanismos de adaptación existentes y, hasta que los civiles puedan volver a valerse por sí mismos, tratar de que el entorno sea lo más parecido posible al normal. El restablecimiento de los vínculos familiares, la distribución de artículos de primera necesidad, el restablecimiento del abastecimiento de agua, la provisión de primeros auxilios y atención quirúrgica, la ejecución de programas de higiene y salud, y la generación de medios de subsistencia forman parte de las tareas

*“Es hora de imaginar un mundo en el que no existan ataques a la población civil. Un mundo en el que no se perpetren ataques indiscriminados. Un mundo en el que la población civil y sus bienes no sufran pérdidas ni daños.”*

realizadas con tal fin, al igual que la gestión de programas relacionados con la remoción de minas o la distribución de aparatos ortopédicos.

El pensamiento y la acción del CICR difieren de los de otras organizaciones en que aquél toma en cuenta a todas las personas afectadas por el conflicto y no sólo a los desplazados. Si bien el CICR considera que el desplazamiento aumenta la vulnerabilidad, no cree que un desplazado interno, por el solo hecho de serlo, sea más vulnerable que otro miembro de la población civil.

“Muchos de quienes permanecen en su lugar de residencia, los ancianos, los enfermos o las familias de acogida que alojan desplazados internos provenientes de otros sitios y comparten sus magros recursos con ellos son a veces sumamente vulnerables y necesitan nuestra ayuda”, explica Kellenberger.

Por ese motivo, el CICR ayuda no sólo a quienes huyen de sus hogares sino también a quienes no pueden hacerlo aunque lo deseen, a los que se quedan por otras razones y a los que regresan. Además, la Institución está muy preocupada por la tendencia, cada vez más pronunciada entre las organizaciones humanitarias y las comunidades de donantes, de considerar que las necesidades de los desplazados son distintas de las de la población que permanece en su lugar de residencia. Kellenberger advierte que poner “etiquetas” a las personas y compartimentar la ayuda humanitaria entraña el peligro de que determinados grupos —incluso los que más necesitan esa ayuda— queden librados a su suerte, como ha ocurrido en República Democrática del



**Ruanda: millones de ruandeses desplazados regresan a sus hogares tras la guerra civil, 1996.**

Congo, donde los campamentos acaparan valiosos recursos que se necesitan con mayor urgencia en otros lugares.

Con la etiqueta de “personas desplazadas” se ha desvirtuado la discusión sobre el desplazamiento, en particular desde que los desplazados que están más a la vista de todo el mundo son los que buscan refugio en los campamentos. “Durante mucho tiempo el debate ha girado casi exclusivamente en torno a los desplazados que viven en los campamentos. La noción de persona desplazada y el destino de esas personas han quedado asociados a la vida en los campamentos”, afirma el presidente del CICR.

“Cuando uno piensa en todos los desplazados que se encuentran en la provincia de la Frontera del Noroeste de Pakistán, en los distritos de Swat, Dir y Buner ... ¿Cuántos eran? ¿360.000 en mayo? Se produjo un desplazamiento masivo sin precedentes, y la mayoría de las personas desplazadas ha optado por vivir con familias de acogida. Recibir a los familiares que lo necesitan es una tradición pashtu que se respeta independientemente de lo precaria que sea la situación de quien los acoge. Hemos observado que en el mediano y el largo plazo, la presencia de los desplazados sería una carga importante para las familias de acogida. Por eso decimos que el hecho de etiquetar, de verlo todo desde la perspectiva de los desplazados que viven los campamentos, puede ser peligroso.”

Los aspectos políticos tampoco deberían pasarse por alto, advierte Kellenberger. “Si no ayudamos a los que

permanecen en sus casas, de alguna manera promovemos el desplazamiento”, reflexiona.

Para el CICR, la constante brecha entre la asistencia y la recuperación es motivo de preocupación. Saber en qué momento finaliza realmente un conflicto, y cuándo la fase de emergencia cede el paso a la de desarrollo, es tema de debate entre los expertos pero, en el terreno, esa “transición” es compleja y tiene distintas aristas.

“Hay quienes dicen: ‘Las organizaciones humanitarias tienen que tener una estrategia de salida’. Mi respuesta es: ‘Sí, perfecto, pero también necesitamos una estrategia de entrada para las agencias responsables del desarrollo y, de ser posible, sin que haya separación entre ambas’”. Cuando las primeras se preparan para irse, las segundas aún no se han aproximado.

Las brechas y las duplicaciones pueden evitarse con una mejor coordinación y un diálogo más fluido entre las organizaciones y, según Kellenberger, el CICR está dispuesto a comprometerse con iniciativas orientadas en esa dirección. Ninguna organización puede, por sí misma, proporcionar una respuesta integral a un problema de la magnitud del desplazamiento interno.

Si bien ha habido algún progreso, todavía hay mucho camino por recorrer en lo referente a la coordinación.

“Para que sea más eficaz y coherente, debe basarse en las capacidades que ya existen en el terreno y en el respeto auténtico de ciertos principios básicos, y no en mecanismos y procedimientos cada vez más sofisticados”, sentencia Kellenberger.

Las organizaciones humanitarias que se ocupan de la

Georgia: este hombre vive en un centro colectivo para personas desplazadas en Abjasia desde 1993.

República Democrática del Congo: niño espera recibir noticias de sus parientes.

*“Hasta que esas normas no se apliquen en todo el mundo, los desplazamientos de población seguirán existiendo y, junto con ellos, las dificultades que plantean en el plano humanitario.”*

coordinación deberían estar presentes y activas en el terreno, y tendrían que dar prioridad a la transparencia en lo que concierne a recursos, capacidades y acceso.

Las asociaciones operacionales del Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja son prioritarias para el CICR. Kellenberger observa que las Sociedades Nacionales están bien posicionadas para ayudar a los desplazados porque forman parte de las comunidades donde tienen su sede, en su mayoría cubren la totalidad de los territorios nacionales y tienen acceso privilegiado a las autoridades. Otras ventajas de que gozan todos los asociados del Movimiento son la identidad común que otorgan el uso de los mismos emblemas y la aplicación de los mismos principios, las normas compartidas relativas a funciones y responsabilidades, y el hecho de tener una política común en materia de desplazamiento interno.

La política del Movimiento en cuanto a la ayuda a los desplazados tiene por finalidad optimizar la coherencia y el impacto de la acción de la Cruz Roja y la Media Luna Roja. Asimismo, incluye el trabajo coordinado con otras organizaciones sobre la base de su presencia y capacidades en el terreno, pero sin perjuicio de sus Principios Fundamentales. Por último, junto con la política relativa a la migración para el año 2009 de la Federación Internacional de Sociedades de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, proporciona las bases para las tareas que realiza el Movimiento con los migrantes.

Kellenberger da el ejemplo de Somalia como modelo de asociación operacional. En ningún otro lugar se observa mejor la acción del Movimiento. Con el apoyo del CICR, la Media Luna Roja Somalí opera en zonas

adonde otras organizaciones no llegan. Tras casi dos décadas de conflicto armado y anarquía, la Cruz Roja Somalí sigue operando a través de una red de 19 oficinas y 114 subdelegaciones distribuidas por todo el país.

El presidente del CICR destaca que, además de prestar asistencia médica a los heridos de guerra, administrar programas de atención primaria de la salud, suministrar agua, brindar apoyo en el desarrollo de proyectos de subsistencia, proporcionar socorros de emergencia, colaborar en el restablecimiento del contacto entre familiares separados por la guerra y prestar servicios comunitarios esenciales, los socios del Movimiento continúan creando conciencia en la sociedad somalí acerca de las normas fundamentales del DIH.

Hasta que esas normas no se apliquen en todo el mundo, concluye Kellenberger, el desplazamiento seguirá existiendo y, junto con él, las dificultades que plantea en el plano humanitario. Sólo mediante esfuerzos conjuntos podrá la comunidad internacional ofrecer la respuesta integral que la situación exige. Pero para que eso ocurra, insiste, es preciso ocuparse de cuestiones fundamentales que trascienden los límites de los campamentos.

Hasta que esas normas no se apliquen en todo el mundo, los desplazamientos de población seguirán existiendo y, junto con ellos, las dificultades que plantean en el plano humanitario. Sólo mediante esfuerzos conjuntos podrá la comunidad internacional ofrecer la respuesta integral que la situación exige. Pero para que eso ocurra, es preciso ocuparse de cuestiones fundamentales que trascienden los límites de los campamentos.





Antonin Kratochvíl/CICR



Ron Haviv/CICR/II

## **MISIÓN**

El Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR), organización imparcial, neutral e independiente, tiene la misión exclusivamente humanitaria de proteger la vida y la dignidad de las víctimas de los conflictos armados y de otras situaciones de violencia, así como de prestarles asistencia.

El CICR se esfuerza asimismo en prevenir el sufrimiento mediante la promoción y el fortalecimiento del derecho y de los principios humanitarios universales.

Fundado en 1863, el CICR dio origen a los Convenios de Ginebra y al Movimiento Internacional de la Cruz Roja y de la Media Luna Roja, cuyas actividades internacionales en los conflictos armados y en otras situaciones de violencia dirige y coordina.





CICR